

HOMENAJE A
CLARA ROSSELLI
(1980-2014)



NUESTRO SOL MÁS QUERIDO

Clarita nos dejó, no porque quisiera sino porque un asesino al volante del colectivo de la línea 24, el día jueves 3 de julio a las 18.30 hs, la atropelló en la esquina de la Av. Martín García y Av. Patricios. Un asesino más, pero con "permiso", enfermo de poder porque lo único que tiene es un vehículo que destroza por dentro y por fuera a la víctima y a toda la familia y a todos los que sufren la pérdida y no entienden el porqué.

Queremos que nuestra pequeña comunidad de El Sol de San Telmo lo sepa. Era nuestra amiga y compañera de ruta en este emprendimiento que hacíamos y hacemos con tanto cariño.

Esperamos que el culpable reciba lo que merece, aunque nunca va a ser suficiente...

Mónica Seoane

A principios de 2010 conocí una chica muy amable que se llama, justamente, Sol. Se presentó con interés de colaborar con el periódico y en un momento de entusiasmo premonitorio pensé algo como, “tal vez ella será la heredera de El Sol de San Telmo, tiene el nombre perfecto”. Nos juntamos para tomar un café y aceptó mi invitación de escribir una nota. Como pasó muchas veces, su entusiasmo empezó a disminuir y, tal vez por “culpa”, me presentó por mail a su hermana Clara (¡Qué buenos nombres les pusieron a estas hermanas!), que “era arquitecta y sacaba mejores fotos que ella”.

El 20 de abril de 2010 recibí mi primer mail de Clara Rosselli: “Como bien te dijo Sol, soy arquitecta y estoy bastante interesada en el barrio. Lo veo desde el punto de vista de la arquitectura y el urbanismo, pero también desde la idea de su conservación. Siento que el barrio ha desmejorado mucho en estos últimos años y tu iniciativa con El Sol de San Telmo me parece que puede ayudar a concientizar a los vecinos. Sol me habló de las entrevistas y entiendo que estaba intentando hacerse tiempo para realizarlas. Tal vez yo pueda darle una mano”.

Pasaron varias semanas hasta que, finalmente, pude conocerla en persona. Pero en nuestros intercambios de mails, percibía una mente lúcida (clara) y una sensibilidad de espíritu que -a pesar de la formalidad en su manera de expresarse- me transmitieron calidez y calidad. En uno de sus primeros mensajes, se abrió y compartió un poco de su visión personal de las cosas, lo cual me pareció fresca e interesante (y demostró su habilidad con la escritura): “Creo que te entiendo cuando hablás de una entrega. Cuando estudiás arquitectura te pasás todos los días de entrega en en-

trega, no querés (ni podés) ver a nadie, te aterra la idea -muchas veces real- de no llegar a terminar, te convertís en un autómatas que lo único que piensa es en cómo resolver tal o cual detalle arquitectónico o cómo querés que se vea la presentación o cómo encastrar las piezas de la maqueta (entre otras tantas cosas), tomás café continuamente para evitar el sueño y pasás más tiempo frente a la pantalla de la computadora que en cualquier otro lugar. Sinceramente no sé cómo son las entregas en un periódico, pero supongo que deben parecerse en algo a los nervios que uno pasa cuando es estudiante de arquitectura”.

Recuerdo que su primera nota para El Sol fue sobre el Patronato de la Infancia, con entrevistas a personas que habían pasado parte de su niñez como huérfanos en ese espacio enigmático del barrio. Terminó hablando por Skype un largo rato con Humberto Cisneros, un hombre que se había radicado hacía mucho tiempo en Bolivia, y fue una de esas entrevistas con las que sueñan los cronistas. Ella tuvo la inolvidable experiencia de ser llevada adentro de la vida de una persona y de una historia ajena, de identificarse con ella y de tener la oportunidad de compartirla: “Realmente creo que la mejor palabra para describir lo que me generaron sus respuestas es asombro y una fascinación muy positiva. Tal vez sea porque nunca había hecho esto antes, pero me siento muy bien al ver que la gente se abre y cuenta historias tan apasionantes como la de Humberto”.

La nota salió hermosa y Clara había tomado el gusto de la redacción, dentro del marco comunitario/barrial que proponía El Sol. Con el tiempo, fue puliendo su talento natural como escritora -a pesar de unas cuantas dudas e inquietudes que manifestaba sobre el mismo, todas fuera de proporción en comparación con su don- y el periódico se enriqueció notablemente a través de su mirada profesional sobre la conservación arquitectónica y el urbanismo. Pudo entrevistar a importantes arquitectos como José María Peña, Luis Grossman o Daniel Silberfaden y produjo una cantidad impresionante de material sobre temas variados -desde los espacios históricos del Casco Histórico hasta las manifestaciones sociales-. Su aporte periodístico y artístico (porque también sacaba muy buenas fotos) se consolidó en El Sol de San Telmo y en la revista TELMA y, para lectores del barrio, el nombre Clara Rosselli se empezó a conocer y respetar.

En una nota que publicamos desde el interrogante ¿Por qué elijo a San Telmo?, ella compartió esa mirada sofisticada, sensible y observadora con la que ganó ese respeto: “Lo que me apasiona de San Telmo es que tiene alma de barrio y, al mismo tiempo, una diversidad atolondrada de ‘centre ville’ cosmopolita, donde conviven el vecino, el anticuario, el turista y el extranjero radicado y donde las edades de los edificios que se tocan en sus medianeras pueden estar a siglos de distancia. San Telmo es barrio desenfadado y es historia viva. Aquí convive el ritmo desacelerado de sus habitantes, de los negocios que cierran a la hora de la siesta, de las charlas de café entre amigos, de los edificios eternos y el ritmo aligerado de los turistas que llegan cargados con sus cámaras de fotos y



sus filmadoras, ávidos de leyenda. En San Telmo uno se pierde entre siglos imaginándose historias fantásticas, historias de la colonia y de casas con patios, historias de malevos en las calles empedradas, historias de lejana aristocracia y de conventillos, historias de ferias callejeras y del turismo que está de paso. En otros barrios esta diversa combinación, no existe. Por eso elijo San Telmo, porque es único”.

Pero no era su habilidad en redacción la que la destacó en el proyecto. Era su increíble bondad, ternura y energía positiva que la convirtieron en una líder del equipo y la comunidad de El Sol. Nunca escuché una palabra malintencionada salir de su boca. Nunca la vi fruncir el ceño o hacer una mueca de disgusto. A lo sumo, a veces, parecía cansada y un poco sobrepasada entre su trabajo full-time y su compromiso solidario con el barrio. Pero la expresión que veo, cuando cierro mis ojos, es esa sonrisa tierna casi inocente y tan generosa, que le salía tanto por los ojos como por la boca. Su presencia le hacía honor a su nombre: era una claridad, una luz, una persona que iluminaba su entorno desde las regiones más auténticas de su enorme corazón. Decir que era querida por sus compañeros y vecinos, no le hace justicia al cariño que ella generaba.

Aunque no la he visto desde hace más de dos años, reconozco que su participación en El Sol de San Telmo fue clave para el éxito del proyecto, por su crecimiento continuo después de mi partida. Aunque es un periódico, su espíritu es como el de una familia y Clara lo entendió desde el principio. Las personas excepcionales que seguirán defendiendo esa alma familiar del barrio desde El Sol, lo entienden también y por eso la pérdida de Clara se siente con tanto dolor. Es como perder una hermana, una sobrina, una hija que estuvo durante los momentos más alegres y los más difíciles de la vida compartida. Espero poder hacerle honor a su memoria desde la distancia donde escribo, rescatando esas cualidades que ella

me transmitió y aplicándolas a mi vida diaria. Espero que todos los que la conocieron tengan la oportunidad de reflexionar sobre su paso por sus vidas y por el barrio que nos une.

Les dejo con su “biografía” que está publicada en la página web del Sol. Desde esta distancia eterna, la leo con otra apreciación y estoy agradecida por haber podido conocer y querer una persona tan especial como ella: “La primera vez que escribí una historia tenía seis o siete años y en ella contaba cómo estaba formada mi familia. Fue una tarde, en la casa de mi abuela mientras aquella señora de movimientos ágiles y sonrisa atenta dormía la siesta. Siendo pequeña, me gustaba imaginar cuentos, aunque raras veces los llevaba al papel.

Escribía cosas de niña en cuadernos de colores. Más tarde, en el colegio y en mis clases de inglés o francés, disfrutaba haciendo las composiciones que nos mandaban de tarea. Los temas eran variados y me divertía pensando en los infortunios y aventuras de los personajes.

En algún momento de mi adolescencia quise ser arquitecta. Cuando comencé a estudiar en la universidad, no había tenido muchos contactos con el diseño y la proyección de espacios pero de alguna manera veía a la arquitectura relacionada con una forma de vivir los espacios. Para ese entonces ya estaba convencida de que los espacios estaban hechos no solamente de materiales físicos y palpables sino que también de luz, de aire y sonido, de colores, de la manera en que las personas se apropian de ellos, del movimiento y de la permanencia, de las relaciones entre uno y otro, del contacto entre las personas y del tiempo.

También sabía que cada uno percibe los espacios de diferente manera y que en mi lectura de ellos me





Fuiste, sos y serás el SOL de mi vida. Hugo Del Pozo

sentía atraída por los edificios antiguos. Sentía y siento, que ellos atesoran cantidad de historias para contar y me asombro de que su existencia será ampliamente mayor a la mía. Pero también me asombra la diversidad que se vive en la zona del Casco Histórico, que está conformado por las construcciones, sitios y calles más antiguos de la ciudad. San Telmo, Montserrat y el Centro son, por sobre todo, los barrios más antiguos de Buenos Aires pero sin embargo están en continuo crecimiento. Son, además, sus habitantes los que enriquecen esta diversidad: están, por ejemplo, los típicos vecinos de siempre que se codean con los nuevos, muchas veces extranjeros. Está la señora con su bolsa de compras y el joven europeo que habla un español de acento forzado.

Cuando me mudé a San Telmo, luego de vivir veinticinco años en los apacibles pagos de Floresta, se esclareció la sospecha de mi pasión por la Buenos Aires antigua. Fue entonces inevitable armar un blog contando mis propias vivencias en la ciudad. Así, Crónicas Porteñas crece cada día con anécdotas que voy descubriendo por la ciudad. Recuerdo que los comienzos de mi blog se debieron a la caída del frontis (aquella moldura con forma triangular que corona las fachadas de ciertos edificios de estilo o intenciones neoclásicos) de una casa en la calle Defensa. Corrí a buscar mi cámara de fotos para registrar lo sucedido y me llevé, de yapa, un pedacito de moldura que hoy tengo de adorno en mi pieza. Con aquel incidente di de casualidad, pero me pareció propicio para una crónica. Y la escribí.

Cuando mi hermana contactó a Catherine, la editora de El Sol de San Telmo, para colaborar, me ofrecí también y así me fui metiendo de a poco en las reuniones editoriales que actualmente se llevan a cabo y que son como la cocina del periódico, donde se hablan los temas de las publicaciones. El Sol de San Telmo me dio un espacio de pertenencia que antes no había tenido y me despertó como un orgullo de ser vecina del barrio.

Con este periódico descubrí cosas que no hubiera

conocido ni sabiendo-me de memoria todas las calles del barrio.

El Sol me permitió no solo meterme en los edificios, sino también en la vida de los santelmeños. Y me sentí cómoda. Y sentí que yo también era parte de eso. Por eso agradezco este espacio que me otorgan en cada publicación para aportar mi granito de arena al barrio".

Gracias, Clara. Lo que aportaste fue mucho más que un granito de arena: es un sol resplandeciente.

Catherine Mariko Black (desde Kailua, Hawaii)

Mientras camino por alguna de las calles del vecindario no puedo borrar de mi mente el recuerdo de su franca y transparente sonrisa.

No olvido cuando me entrevistó por una nota para el Sol en uno de los bares de San Telmo, creo que era el Clásico, hace tiempo ya.

Tan involucrada con lo nuestro, con nuestro barrio, tan vital y afectiva, tan perceptiva en los comentarios que cada tanto sumaba a los míos, enriqueciéndolos. Comprometida con su trabajo periodístico, cálida y siempre dispuesta. Una gran persona. Con solo conocerla en un primer encuentro, ya la sentías una amiga de años.

Me costará mucho alejar de mi memoria a Clarita y su sonrisa, incluso no quisiera que suceda.

Vaya mi más afectivo recuerdo para Clara Rosselli, una injusta y demasiado temprana pérdida.

Alberto Martínez

Quería transmitir el profundo dolor que siento por la pérdida de Clara Rosselli.

Conocí a Clara allá por el 2010, en una visita que hicimos al mirador del Hotel Panamericano -un recorrido que organiza la Dirección de Patrimonio de la Ciudad-.

De entrada me llamó la atención la parsimonia y el cuidado con que Clara tomaba fotos de esa hermosa vista y entre charla y charla, nos fuimos conociendo. Me contó que era arquitecta, que tenía un blog (ahora se llama Crónicas Porteñas, pero me parece que antes era Ayres Porteños o algo así) y que le gustaba escribir sobre la ciudad. Nos pasamos los mails y cada tanto nos avisábamos de actividades culturales en la ciudad, para compartir. Hice el resto de las visitas a los miradores porque estaba muy metida con el tema histórico, arquitectónico y urbano en general pero por mi cuenta, porque no coincidíamos con los horarios.

Pasaron unas semanas y fuimos juntas a ver una muestra de un fotógrafo francés al Centro Cultural Recoleta. Me contó que tenía un vínculo muy fuerte con San Telmo y si bien seguíamos en contacto por mail, no nos volvimos a ver. Luego de varios meses me mudo al barrio de San Telmo. Un día la encuentro, por casualidad, en la calle Carlos Calvo. Fue enorme mi alegría al verla, porque me acordaba de su nombre y la "seguía" a través de las publicaciones del periódico El Sol y la revista Telma, que trato de conseguir siempre. Era raro, porque yo sentía que si bien nos habíamos perdido el rastro, estaba "cerca" de ella al leer sus artículos y compartir sus opiniones sobre nuestra ciudad y el barrio que desde hace unos años se volvió mi barrio, también. Esa fue la última vez que la vi.

Me enteré del fallecimiento de Clara por su cuenta en Facebook y todavía me cuesta creerlo. Sin querer molestar a la familia (no conozco personalmente a ninguno de sus parientes) luego supe, a través de ustedes, del accidente que tuvo con el colectivo 24.

Quiero transmitir el profundo dolor que me causa saber la pérdida de una mujer tan generosa y con tanto empuje, tan preocupada por la temática barrial pero, sobre todo, excelente persona. Le mando un cariño a toda la redacción del periódico (hacía tiempo que quería acercarme de alguna manera a este diario, pero nunca imaginé que sería por esta razón tan dolorosa).

Amanda Vicente

Nadie entiende Clara

Nadie entiende
 Ni los bares
 Ni las plazas
 Ni la gente que esperaba tu sonrisa fabulosa
 La de siempre
 Única
 Recién nacida
 Atemporal
 Transparente, permanente, sanadora
 Nadie entiende Clara
 El silencio más hondo
 La oscura verdad de la vida que se escurre
 La oscura verdad
 Única
 Voraz
 Inoportuna
 Sucia, permanente, dolorosa
 Nadie entiende Clara
 El Sol
 El "SOL" no se apaga.

Cecilia Calderón

No puedo escribir, no salen las palabras, el lápiz está paralizado en mi mano, la hoja mojada por las lágrimas que no paran de salir por los ojos ya rojos de impotencia.

Quiero sobreponerme, la cabeza le dice a todo mi cuerpo que ella no querría que nada, ni aún esto tan terrible, me venciera. Pero no es cierto cuando dicen que la cabeza manda, porque estoy experimentando en cuerpo y alma que es el corazón el que puede más.

Por suerte mi mente borró la imagen de esa última cama donde te vi y debe ser porque no eras vos, Clara. En todos mis recuerdos estás con esa hermosa sonrisa que te iluminaba la cara y que se reproducía en tus ojos dulces, aún en la disconformidad.

Tengo en mis oídos el "Huguito", el "Moni", el "Di" y el "Isa", con los que nombrabas a cada uno de nosotros, los Soles más cercanos y con los que durante estos

últimos dos años -después de la partida de Catherine-, todos los sábados -ininterrumpidamente, lloviera o tronara- estuviste. Porque, como me decías siempre: "Los sábados son de El Sol" y era al margen de tu tiempo para hacer y escribir notas, recibir a los pasantes, cargar la página web, realizar trámites, repartir el periódico, estar hasta cualquier hora haciendo el "aguante" hasta que cerrábamos la edición. Y todo, absolutamente todo lo que se necesitara -supieras o no hacerlo- ahí estabas con tu sonrisa enorme y el "¿Te ayudó en algo Isa?" o el "Dejá que yo lo hago" o "¿Querés un mate Isa?".

Te aseguro, querida Clara, que no olvidaré nunca estos hermosos años donde compartimos reuniones de fin de año, cumpleaños, conversaciones de todo tipo, risas y llantos, abrazos y besos, tormentas de ideas, lecturas junto al infaltable mate en el que veíamos nadando los palitos y nos reíamos por eso también.

Nadie pudo imaginar siquiera que la vida nos iba a sopa-



pear con tu partida. Porque vos eras el futuro de El Sol, como te decía -en esas charlas improvisadas- cuando caminábamos por el barrio. ¿Y ahora?... Ahora también sos el futuro porque por vos y para vos vamos a hacerlo como te gustaba, cada vez mejor.

Te queremos todos, te extrañamos todos, lloramos todos y nadie sabe por qué pasó lo que pasó. Lo que sí sabemos,



es que San Telmo tuvo el privilegio de que te hayas enamorado de él y no de otro, seguramente porque eras un reflejo de sus valores: solidaria, imprevisible, cálida, amigable, creativa, respetuosa, cercana pero sin invadir. En realidad, como te gustaba definirte: un Sol. Nuestro SOL más querido.

Hasta siempre Clarita...

Isabel Bläser

A Clara

“Cuando un amigo se va, queda un espacio vacío que no lo puede llenar la llegada de otro amigo”

Nunca la vi enojada. En los cuatro años que tuve el privilegio de compartir con ella (las reuniones semanales de El Sol y otras salidas por placer), siempre tenía la sonrisa franca y la mirada transparente. Era fácil saber cómo estaba Clarita: solo había que mirarla a los ojos. Sus preocupaciones pasaban sobre todo por lo laboral (además del periódico trabajaba en un banco) o por cuestiones familiares, como la salud de sus hermanas. Era suave para hablar y jamás desperdicié tiempo en criticar a alguien. Nunca habló mal de nadie. Era de las personas que usan las palabras mágicas: perdón, gracias, por favor.

Su absurda muerte nos dejó a todos shoqueados. Nadie puede creer que en un descuido, un colectivo negligente nos haya arrancado a ese Sol, que realmente era Clara. No solo por pertenecer al grupo (nosotros nos llamamos mutuamente “soles”) sino porque, además, ella era un verdadero ser de luz ¡Tenía solo 33 años! Y, enci-

ma, aparentaba mucho menos. Con su carita redonda y su corte de pelo garzón, parecía una niña.

Era súper inteligente, arquitecta de profesión, estaba muy comprometida con la causa de la conservación del Casco Histórico. Cuando yo no podía con algo referido a la tecnología, ella me lo explicaba por mail y, si era necesario, personalmente.

Yo le decía que tenía los ojos como los Padrinos mágicos (dibujos animados), redondos y pícaros como los animé. Además, era muy generosa. Cada vez que viajaba nos traía souvenirs a todos los soles. Ahora mismo estoy mirando una chalina que me regaló para mi cumpleaños y no puedo entender lo que pasó. Es como una pesadilla, pero sin el despertar. Su imagen está grabada constantemente en mi cabeza: Clara trayendo galletitas para las reuniones, Clara cargando nuestra página web, Clara sacando fotos, Clara cebando mate. Colaboraba en todo lo que podía. Era una de esas personas que hacen del mundo un lugar más hermoso por el solo hecho de estar en él.



Cuando estaba de acuerdo con algo decía “Sí, sí, total” (así, sin el “mente”). Su casa estaba siempre disponible para las reuniones. A veces las tragedias solo sirven para poner en perspectiva las cosas que verdaderamente importan. Porque nadie sabe si cada encuentro puede ser el último. Clarita se nos adelantó en el camino. La recordaremos por siempre.

Como alguien dijo alguna vez: “La vida no tiene sentido, pero hay que dárselo”.

Diana Rodríguez

“Enamorados vientos quisieron llevarte, sin ver que eran nuevas tus alas y pocos tus abries. . .”

Como dice el poeta, cuesta darse cuenta que tus palabras y tu juventud ya no están con nosotros. Reunidos sin tu presencia física, es una reunión a corazón abierto. En lo particular, sé que luego vendrá el CONSUELO. Lo necesitamos, Clarita.

¡Cuánto te queremos!
Con amor Lilita Vives



Querida Clara

Cuánto dolor nos causa tu partida. Todavía no puedo concebirlo. A pesar de que hacía muy poco que te conocía, siempre te observaba feliz, cálida, con esa transparencia que era inevitable no percibir.

Aunque fue escaso el tiempo que compartimos, todo lo sucedido me afectó profundamente... no puedo dejar de pensar que casi teníamos la misma edad y una vocación en nuestro querido “Sol de San Telmo”. Busqué un poema, una canción, una frase que pudiera dedicarte, pero todo me pareció poco para referirme a vos. Siempre tierna, compañera, entusiasta, dedicada y llena de vida. Vos eras el sol, realmente llenabas cualquier lugar con tu presencia. Hoy sos una estrellita más en el firmamento y sé que nos guiás y abrazás desde arriba. Te vamos a extrañar inmensamente y recordar por siempre.

Hasta pronto querida Clara, que Dios te cobije en su regazo.

Florencia Sodorini

Lo que no pudo ser

Clarita, me quedo con la añoranza de no haberte invitado a tomar un mate en casa para que nos conociéramos mejor. Siempre te vi como la chica que un día sería una gran amiga. Algo fuerte compartíamos. Nos entendíamos muy bien. Nunca imaginé que podía haber algún tipo de apuro en acercarnos, dadas nuestras edades. Siempre pensé: para qué apurarse ¡si tenemos toda la vida! Perdí a mi mejor amiga, antes de conocerla.

Nunca tuve la oportunidad de decírtelo, Clara, pero me hubiera encantado tener el honor de ser tu amiga.

Tatiana Michalski

Quizás en otra vida...

No tuve la oportunidad de conocerte más que por las excelentes referencias y comentarios de tus compañeros de El Sol. Cuánto les habrás dejado y habrán disfrutado de tu compañía, se nota en sus rostros y tonos de voz que se les transforman al recordarte.

Más allá que no “pertenezco” al grupo de trabajo y que estoy solo “de paso” por el periódico, contaba con poder conocerte y de alguna manera “devolverte” tus tareas, que con amor y dedicación sé que hacías.

Lamento muchísimo tu partida, casi tenemos la misma edad y no dejo de pensar lo injusto que es todo esto. Un abrazo afectuoso a los familiares y a sus compañeros de El Sol que, como dice la frase: “aunque a veces no lo veamos, siempre está”.

Natalia Tramonti

“...nos acosó la silla silenciosa donde ella cebaba mate sonriente, tomando nota de todo”.

Telma

Así es como llamaba yo a Clara desde el primer día que nos vimos, que coincidió cuando nos mostraron una historietita para la revista de ese nombre, cuyo personaje principal era idéntico a ella.

Hace muy poco, compartiendo una mesa del bar de la esquina que ofició más de una vez como oficina, me contó sobre su vida personal luego de más de un año de conocernos. Ahora, después de la injusta, ilógica, incomprensible partida, nos queda lidiar con la ausencia. Eso es lo que vivo, el vacío que precede a la cotidianeidad de las personas. Cada vez que veo algo en el barrio relativo a un edificio, es automático pensar “esto se lo tengo que contar a ...” y me enfrento a su espacio en blanco.

En la última reunión de El Sol nos acosó la silla silenciosa donde ella cebaba mate sonriente, tomando nota de todo.

Se aparecen las imágenes del futuro que no será: que finalmente no conocí su casa, ni nos juntaremos a tomar mate ahí.

Hay un tema musical que me viene a la mente:
“Tu imagen no se oxidó,
está colgada en el viejo espejo roto
está pegada a la puerta que no vas a abrir con tu amor
¿Por qué? No sé.

*Te fuiste sin avisar
y tu olor está prendido aquí en mi ropa
Y yo no puedo evitar
el vacío que me viene a buscar
de noche y de día. . .”*

Me quedo con el calor de sus manitos chiquitas, blancas y suaves. Se desvaneció el abrazo obligado en cada despedida, como con todos los Soles, porque no nos conformamos con un beso de costado sin sentido o por la pura convención de saludarse.

Porque ese es el secreto de este proyecto que excede a ser solamente vecino, somos una constelación de personas que se quieren a pesar de todo. Los más cercanos, se toparán con su ausencia los sábados, la falta de sus mails diarios, las “peleas” sin su mediadora.

Uno de los Soles se apagó y nos queda convivir con ese tremendo vacío.

Carolina López Scondras

